

ACERCA DE LOS PROGRAMAS EMOCIONALES

“Los programas emocionales para la felicidad” es el nombre que la psicología le ha dado a todas aquellas cosas que, a raíz de nuestras experiencias de extremo placer, o de dolor, que experimentamos desde el día que nacimos en este mundo, fueron creándose con el fin de ser un antídoto o un realce a la felicidad que todos buscamos de forma innata. Los seres humanos fuimos creados por Dios para ser felices, para que disfrutemos del amor y el bienestar en la vida de una forma ilimitada. Si caminamos el camino de transformación, un día podremos llegar a vivir una vida plena de amor porque el amor es Dios mismo. La Biblia dice que un día estaremos con el Señor eternamente, y la vida será placentera en todo sentido, aún en aquel día Él enjugará toda lágrima de los ojos, y ya no habrá muerte, ni habrá más duelo, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas habrán pasado. En muchos pasajes de la Biblia tenemos pruebas de la felicidad sin límite que el Señor quiere darnos, sólo que no lo podemos obtener en el presente a raíz de la caída de Adán y las experiencias que vamos obteniendo en esta vida.

Todos los seres humanos tenemos grandes problemas en nuestro interior debido al impacto que nos han causado las circunstancias de la vida. Por ejemplo, cuando un niño no puede gustar del cariño maternal por “a” o “b” razón, él busca inconscientemente la manera de ser feliz a pesar de no tener a su madre. A veces se ven niños muy aferrados a algún juguete o algún otro objeto, y la razón es que algunos de ellos no tuvieron madre, padre, o tuvieron algún trauma en su niñez que los golpeó tanto, que necesitan estar pegados a algo que les de seguridad y felicidad. A este tipo de actitudes me refiero cuando hablamos de la manera en la que fuimos gestando programas para la felicidad. Todas estas programaciones emocionales son las que forman lo que la Biblia le llama: “El viejo hombre”.

El hermano Thomas Keating dice en su libro: “Invitación a amar”, que la mayoría de programas que el hombre crea, tienen relación en cuanto a la supervivencia, la seguridad y una posición social. Cuando estas cosas no se tienen, aparecen repentinamente ataques de ira, depresión, o diferentes conflictos de personalidad, pues, se sienten vulnerables a su programación. Todos tenemos problemas emocionales debido a nuestros conflictos que hemos tenido en la vida, además del pecado que heredamos de Adán. En Cristo tenemos el camino a la liberación de esta programación.

La manera para llegar a esta transformación es hacernos discípulos del Señor. Esta ruta de hacernos Sus discípulos nos ha de llevar a la oración contemplativa y al desmantelamiento y la anulación de los programas emocionales para la felicidad.

Dice Lucas 14:26 “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. v:27 Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo”.

Una de las maneras en la que el Señor desmantela los programas emocionales es cuando Él nos mete al desierto, a los tiempos de soledad, a los tiempos de crisis, o como le llaman los hermanos místicos: “a la noche de los sentidos”. Hay tiempos en los que florecen los desánimos en los creyentes, pero es la manera en la que se desmantelan genuinamente los programas emocionales. Dios no quiere que Sus discípulos deshagan sus hogares, ni que abandonen a sus esposas para ir en pos de Él; en muchos pasajes el Señor dice que el hombre debe amar a su mujer y que debe cuidarla y sustentarla como Cristo a la Iglesia. Lo que el Señor quiere hacer no es destruir los hogares, sino desmantelar nuestros programas emocionales, y como discípulos de Él tenemos que estar dispuestos a que el Señor realice esta obra.

En cuanto a lo que dice el pasaje con respecto a llevar la cruz, esto no es otra cosa más que obedecer el Plan de Dios. Muchas veces nosotros le llamamos cruz a lo que nos sale mal, a los problemas, a los problemas con la esposa, el marido, los hijos, etc. Sin embargo, la cruz es aceptar la voluntad de Dios, aunque esta pese más que nuestra propia vida; al igual que el

ejemplo que nos dio el Señor Jesucristo, llevó la cruz y murió en la cruz porque fue la voluntad del Padre.

Al venir al Señor, cual Buen Maestro, Él empieza a dismantelar todos los programas emocionales que nosotros forjamos inconscientemente para alcanzar la felicidad. Tales programas emocionales fueron creados inconscientemente desde nuestra niñez, y éstos evolucionan en nosotros a medida que vamos creciendo. Por esta razón es que Dios nos hace el llamado a ser Sus discípulos, para que “permaneciendo” con Él, nuestra vida sea dismantelada de dichos mecanismos de vida, y que nos demos cuenta que nada de nuestra vida sirve.

En estos versos nos podemos dar cuenta que hay condicionantes para ser discípulos del Señor. Para Dios, es necesario que nosotros “aborrezcamos padre, madre, mujer, hijos, y hasta nuestra propia vida”. Nosotros hemos creído que esto en algún momento puede llegar a ser algo que tenga un cumplimiento literal, y sobre todo, cuando el círculo de nuestra familia no conoce al Señor. Otros creen que esto nunca será necesario para ellos porque su familia es parte del Cuerpo de Cristo, y por lo tanto, siempre los podrán amar. De igual manera, cuando leemos que debemos aborrecer nuestra propia vida, pensamos que esto es para aquellos que viven en países donde es prohibido predicar el Evangelio, pero que nosotros no tenemos tal problema. El pasaje no dice lo que nosotros hemos entendido, más bien, dice claramente que “todos” los que quieran ser discípulos del Señor deben aborrecer a su círculo familiar cercano y hasta su propia vida. Esto no debe tener una aplicación literal, pues, si así fuera la Biblia se contradice así misma. Leamos lo que dicen los siguientes pasajes:

Mateo 15:4 “Porque Dios dijo: “Honra a tu padre y a tu madre,” y: “Quien hable mal de su padre o de su madre, que muera”.

1 Timoteo 5:8 “Pero si alguno no provee para los suyos, y especialmente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo”.

1 Corintios 7:10 “A los casados instruyo, no yo, sino el Señor: que la mujer no debe dejar al marido”.

Quiere decir que, más que estar pensando en dejar a nuestra propia familia y literalmente olvidarnos de ella, el Señor nos está diciendo estas cosas con el fin de dismantelar los programas emocionales de felicidad que le han dado un cimiento a nuestro viejo hombre. La familia reúne la mayoría de los programas emocionales que nos aquejan y que nos llevan a actuar de manera incorrecta, pues, estos precisamente se gestaron en las etapas de nuestra infancia.

En ningún momento “dejar padre y madre” se refiere a olvidar y descuidar a la familia, porque eso no es justo. Ningún creyente debe desatender ni a su cónyuge, ni a sus hijos, ni a sus padres, pues, eso no honra a Dios. A lo que el Señor se refiere, entonces, es a dismantelar los programas emocionales que tenemos en cuanto a la familia. Hay muchos padres que dicen “amar” a sus hijos, pero son alcahuetes con ellos, no los corrigen en nada; eso no es amor, es un programa emocional que han forjado en sus corazones para encontrar “su” felicidad. Así es el ser humano, se apega a “cosas” y “personas”, y con ello crea estas estructuras emocionales con las que pretende ser “feliz”. Lo primero en nuestra vida debe ser Cristo y Su Iglesia, el Señor lo dijo claramente: ***“Buscad primeramente el Reino de Dios y Su justicia...”***.

Estos programas emocionales que el Señor quiere dismantelar empezaron a forjarse desde el momento que estuvimos en el vientre de nuestra madre. Nadie guarda recuerdos en su consciente ordinario de lo que significó ser expulsado del vientre de su madre, sin embargo, es el primer terror que nos acontece al venir a este mundo. En el vientre de nuestra madre estábamos seguros, allí teníamos calor, seguridad, protección, amor, alimento, y todos los elementos físicos y psíquicos necesarios para vivir, de modo que nada nos hacía falta; pero a los nueve meses ese tiempo se acaba, y traumáticamente nacemos en este mundo. Desde el momento en que somos dados a luz, nos empiezan a surgir traumas; para empezar nos sacan del hábitat acuático en el

que estuvimos por nueve meses, luego nos cortan el cordón umbilical que era la vía de suministro que teníamos para poder vivir, luego nos pegan para que aprendamos a respirar por nosotros mismos, y así sucesivamente, tras una cosa surge otra. ¡Nacer fue un trauma! Seguido al nacimiento, llega el tiempo en el que mamá se va a trabajar, y ahora es una desconocida la que nos va a cuidar. Otros se trauman más todavía porque su mamá decidió darlos en adopción, en fin, son tantos los conflictos emocionales que van surgiendo, que el niño empieza a buscar a qué aferrarse con tal de superar dicho dolor, y así es como surgen los diversos programas emocionales.

Los procesos emocionales del hombre son complejos, algunos a medida que van creciendo se vuelven orgullosos, arrogantes, prepotentes, su fascinación es hacerse sentir superior y hostil a los demás. Lo que le sucede a tales personas es que se sienten tan inseguros, e indefensos en su interior, que crean máscaras externas de orgullo para poder aplacar esa programación emocional que surgió en alguna etapa de su niñez. Así cada uno de nosotros tenemos un “falso yo”, el viejo hombre que se forjó en medio de nuestros lazos familiares. A esta condición de apego desequilibrado es a lo que hacen referencia las palabras del Señor cuando nos dijo que era necesario dejar “padre y madre”; no es dejar en un sentido de “abandonar, o descuidar”, sino en el sentido de permitir que nuestros programas emocionales, que se forjaron a causa de las circunstancias que se dieron en nuestro círculo familiar, sean desmantelados.

Hay quienes creen amar a sus hijos, sin embargo, para una gran mayoría sus descendientes sólo significan una ventana para alcanzar la felicidad personal, sólo son un programa emocional más. Hay padres que se esfuerzan en darles estudio a sus hijos, pero no porque los amen, sino porque desean alcanzar sus triunfos frustrados a través de ellos. El verdadero amor se demuestra al “no buscar lo propio”; hay quienes dicen “amar” a sus hijos, pero no los aman tanto como creen. Cuántos padres han buscado fácilmente el divorcio como una salida a la incomodidad con su pareja, no pensando en absoluto en las heridas que les causarán a sus hijos. Los padres que aman verdaderamente a sus hijos procurarán darles una estabilidad familiar, demostrarán que los aman sosteniendo su matrimonio, de tal manera se demuestra el verdadero amor.

Hermanos, sólo Dios puede liberarnos de nuestros programas emocionales y de nuestros apegos excesivos. Nadie puede alcanzar la transformación si no permite que Dios le desmantele sus programas emocionales, y Dios no puede hacer esta obra en nadie, a menos que se convierta en un discípulo. Permitámosle al Señor que haga Su obra.

En una ocasión al Señor le dijeron: “... **He aquí, tu madre y tus hermanos están afuera deseando hablar contigo. Pero respondiendo Él al que se lo decía, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: ¡He aquí mi madre y mis hermanos! Porque cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre**” (Mateo 12:47-50). ¿Hubiéramos tenido nosotros esta misma reacción del Señor? ¿Por qué Él contestó de esta manera tan tosca? El Señor no atendió en aquella ocasión a Su madre y a Sus hermanos por una razón, no quería que su alma tuviera ataduras emocionales para con su familia, no quería convertir Sus relaciones familiares en un apego excesivo en su alma. No es que Jesús no amara a Su madre y a Sus hermanos, pero no quería que ellos significaran en su alma una ligadura que en algún momento lo hicieran perder su objetivo de estar en el mundo. Si a Jesús nunca le hubiera importado su madre, nunca hubiera existido el siguiente relato: “**Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa**” (Juan 19:26-27). El Señor sí se ocupó de su madre, sí la amó, pero no permitió que ese vínculo le activara en su alma programas emocionales para alcanzar una felicidad egocéntrica.

Hermanos, los programas emocionales son la fuente de subsistencia de todos los seres humanos, pero en nosotros los que hemos nacido de nuevo, Dios quiere ser nuestra Vida y nuestro Vivir. La manera en la que empiezan a ser desmantelados estos programas emocionales, es a medida que ponemos prioridades. Hay quienes llegan a la Iglesia sólo cuando les sobra tiempo, cuando no se

sienten tan cansados, cuando no tienen algo que hacer. ¿Por qué nos cuesta trabajo poner en prioridad las cosas de Dios? La respuesta es porque lo de Dios no entra en nosotros a la manera de los programas emocionales, no entra de manera inconsciente, si no por medio de nuestra propia decisión y voluntad. Es por ello que debemos de ejercer precisamente nuestro libre albedrío y convertirnos en discípulos del Señor para que la Vida divina tenga lugar en nosotros. La Vida divina no es un programa emocional para nosotros, ella no es parte de nuestro pasado, ella es nuestro presente, ella nos libera.